



ROMANCE QUICKIES

Nicole's Encounter

12

Monique DuBois

ROMANCE

ENCUENTROS ARDIENTES (EL ENCUENTRO DE NICOLE - 12)



MONIQUE DUBOIS



ROMANCE

Encuentros Ardientes

Monique DuBois

New York • Paris • Guadalajara • Mexico

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Derechos de autor © 2024 Monique Dubois

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información -excepto en el caso de citas breves incluidas en artículos críticos o reseñas-, sin la autorización por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

DESCRIPCIÓN DE LA SERIE

Siete amigas que viven en la ciudad de Nueva York. Una competencia inusual. ¿Quién puede tener la mayor cantidad de encuentros íntimos en un mes? Hay diez mil dólares en juego... ***Encuentros ardientes*** son historias breves y ardientes que siguen a un grupo de mujeres en Nueva York que compiten para ver quién puede tener la mayor cantidad de citas casuales en un mes. ¿Qué mujer se acostará con más hombres para ganar la apuesta? ¿Alguna de ellas se enamorará de sus conquistas en el camino?

REPARTO DE PERSONAJES:

Ella: Empresaria con curvas. Le atraen los obreros.

Shae: Modelo rubia y glamurosa. Le atraen los hombres ricos y famosos.

Nicole: Exitosa abogada de divorcios birracial. Le atraen los hombres poderosos y educados.

Allie y Ashley: Alegres gemelas rubias/enfermeras. Les atraen los médicos y los aventureros.

Malia: Agente de libertad condicional latina sexy. Le atraen los machos alfa.

Brooke: Profesora de inglés como lengua extranjera, amante de la diversión y pelirroja. Le atraen los hombres de diferentes culturas.

En ***Romance: Encuentros ardientes (El encuentro de Nicole - 12)***, Nicole acaba de salir de un encuentro inolvidable con un arrogante abogado rival, lo que impulsa su determinación a otro nivel. ¡Está decidida a acostarse con más hombres que sus amigas, pase lo que pase! Cuando un cliente intrigante llega a su oficina para una consulta de divorcio, ella pone sus ojos en él con renovado entusiasmo. Él no sabe lo que le espera... ¿o sí? La oficina cuidadosamente ordenada de Nicole nunca volverá a ser la misma...

CAPÍTULO 1



NICOLE CONSULTA su reloj Rolex. 8:27 a.m. Su cliente potencial llegaría en cualquier momento. Sí, era sábado por la mañana, pero si quería ser la mejor abogada de divorcios de Manhattan, tendría que trabajar los fines de semana.

A ella no le importaba. De hecho, le encantaba su trabajo como abogada. Le encantaba. Tenía sus ventajas... como la oportunidad de practicar sexo ardiente con apuestos abogados rivales, como había hecho la noche anterior. Había tenido el sexo más ardiente de su vida con un engreído (en más de un sentido) abogado llamado Calvin Dennison. Su tórrido encuentro había tenido lugar en un callejón oscuro, y desde entonces no había podido dejar de pensar en él.

A Nicole le encantaba el sexo, una de las razones por las que había hecho una apuesta con sus amigas para ver quién tenía más encuentros de una noche en un mes por diez mil dólares. Ya había tenido un encuentro y le quedaban muchos más. Después de reunirse con el cliente potencial esta mañana, planeaba ir al gimnasio para ver si encontraba a otro hombre guapo al que seducir. Ah, sí, y hacer ejercicio también. Tenía que mantener sus curvas firmes. Sí, tenía generosos puñados de carne que ofrecer a los hombres, pero cada gramo de esas curvas estaba tonificado. Nicole era disciplinada.

Después de ordenar los papeles de su escritorio, volvió a mirar el reloj. El cliente llevaba dos minutos de retraso. Frunció el ceño, molesta. Una de sus manías en la vida era la puntualidad, o mejor dicho, la falta de ella. Este cliente ya empezaba con mal pie con ella, y eso no auguraba nada bueno para su relación laboral. Si ella iba a representarle adecuadamente en su divorcio, él tenía que mostrarle el respeto que su profesión merecía. Como abogada, nada la irritaba más que un hombre arrogante que entraba en su despacho con una actitud arrogante, actuando como si ella fuera una secretaria puesta a su servicio. Sus clientes *la* necesitaban y, como abogada emergente, podía elegir a quién representaba. Cuanto antes se dieran cuenta sus clientes y le mostraran la deferencia y el respeto que se merecía, mejor les iría a todos.

A las nueve y cuarenta, Nicole recogió su maletín, apartó la silla y se puso en pie. El cliente o no se había presentado o era un cabrón arrogante. En cualquier caso, se iba. No tenía tiempo para estas tonterías. Tenía un día que disfrutar y una conquista sexual que encontrar. Era una mujer ocupada.

Salió por la puerta y se topó con un pecho ancho vestido con una camisa blanca. Levantó la vista y se encontró con los ojos más azules que jamás había visto. Pelo oscuro salpicado de plata, mandíbula cuadrada, labios torcidos en una sonrisa pícara. El hombre que la miraba era increíblemente guapo.

"¿Señorita Jackson?", dijo. Extendió la mano. "Jay Bixby."

Ella bajó los ojos a su mano y volvió a mirarle a la cara. "Llegas tarde".

Se rió y retiró la mano. "Lo siento. Mi mujer, o debería decir mi futura ex mujer, se encargó de quitarme el aire de las cuatro ruedas esta mañana. Ni que decir tiene que conducir un Maserati con llantas desde Connecticut hasta aquí no habría sido prudente. Así que opté por llamar a un servicio de coches en su lugar. No fueron tan rápidos como me hubiera gustado, así que por eso yo también llego tarde. También te habría llamado a ti, pero mi asistente aún no te ha programado en mi teléfono. Le pido disculpas". Sus ojos centellearon de un modo que la irritó, como si se tratara de un juego humorístico. O quizá lo fuera para él. Ella había tenido clientes como él antes. Hombres que veían el divorcio como un deporte al que jugar y ganar.

Le miró fijamente y le dijo con frialdad: "Vamos a dejar algo claro, señor Bixby. Si voy a representarle, espero puntualidad y una actitud seria. No tengo tiempo para tonterías".

Sus ojos recorrieron su ajustado traje negro, deteniéndose en cada una de sus exuberantes curvas, y luego volvieron a su rostro. "Oh, yo diría que con la oportunidad y el estímulo adecuados, podrías tener tiempo para tontear". Sus ojos brillaron aún más, provocándole una oleada de rabia.

Se inclinó y bajó la voz hasta convertirla en un gruñido amenazador. "Yo tampoco tolero a los gilipollas".

Echó la cabeza hacia atrás y se rió. "No necesito entrevistarte más. Estás contratado".

"¿Entrevistarme?", espetó. "Yo decido a quién acepto como cliente. Y la respuesta es no. Conflicto de intereses". Le dio un empujón y se alejó por el pasillo. No tenía tiempo para gilipolleces. La vida era demasiado corta para aguantar gilipollas.

La alcanzó. "Vaya, ¿conflicto de intereses? ¿Cómo puedo ser un conflicto de intereses?"

"Te lo dije, no trabajo con imbéciles. Y tú eres uno. Gran conflicto de intereses aquí. *Mi interés*". Caminó por el pasillo hasta el vestíbulo. Los despachos estaban más silenciosos de lo habitual, sobre todo por la ausencia de las secretarías, pero vio a varios colegas inclinados sobre sus mesas, trabajando. Uno de ellos era Chris Jewell, el ligue ocasional de Nicole (también conocido como Big Jewels, porque tenía los huevos del tamaño de naranjas maduras). Tacha eso. *Antiguo* ligue.

Levantó la vista y miró a Nicole con los ojos entrecerrados. Era obvio que seguía enfadado con ella por haberle tirado los trastos a la cabeza la noche anterior y haberlo abandonado después de que él le hubiera faltado al respeto. Nunca volvería a disfrutar de su cuerpo, a pesar de que era un buen polvo. Eso debería enseñarle a tener modales.

Jay Bixby extendió la mano y la agarró del brazo. Tiró de ella hacia él. "¿Me das otra oportunidad?"

Le apartó el brazo. "No me manosees, Neanderthal. Soy una profesional que trabaja, no tu novia en el lado".

Sus labios se inclinaron hacia arriba. "Novia aparte. Eso suena interesante". Ante su expresión, levantó las manos. "Lo siento, sólo bromeaba. Tienes que entender que es parte de mi personalidad. Me gusta perder el tiempo. Pero no lo hago con mala intención. No te lo tomes como algo personal. Sólo soy un gran bromista". Le lanzó una mirada de cachorrito. "¿Por favor? ¿Dame otra oportunidad?"

Nicole lo evaluó. "Alguien debería decirte que no es apropiado bromear con tu abogado".

Su ceja se deslizó hacia arriba. "¿Es usted mi abogado?"

Se cruzó de brazos. "Sólo si mantienes la boca cerrada y la cartera abierta. No estoy aquí para perder el tiempo. Estoy aquí para conseguirte el mejor divorcio posible. No tengo tiempo para payasadas".

"Sin payasadas. Boca cerrada, cartera abierta. Entendido". Sus ojos volvieron a brillar y ella

resistió el impulso de abofetearle o hacerle otro comentario mordaz. Pero se contuvo. Tal como estaban las cosas, Big Jewels y algunos colegas más los observaban con interés a través de las puertas abiertas. Aquí la gente era muy curiosa.

Nicole giró sobre sus talones. "Vamos, entonces. Empecemos".

Mientras caminaba por el pasillo en dirección a su despacho con Jay Bixby siguiéndola, respiró subrepticamente. Maldita sea, si su corazón no estaba acelerado y le sudaban las palmas de las manos. Reconocía los síntomas.

No estaba nerviosa. No estaba ansiosa.

Se sentía atraída por el bastardo arrogante.

CAPÍTULO 2



NICOLE HIZO PASAR a Jay a su despacho. Se pasó una mano por los rizos oscuros y rebeldes que, como era sábado, no llevaba recogidos en su moño apretado habitual. A pesar de su aparente frialdad, se sentía nerviosa y excitada. Charlar con un hombre sexy siempre la ponía cachonda.

Señaló una silla frente a su escritorio. "Tome asiento".

Bixby se sentó, se echó hacia atrás y se llevó las manos a la nuca. "Listo para ser informado". Sonrió satisfecho. "O para que me desinformen".

"Serás interrogado después de la declaración", replicó. "Pero yo también prefiero un hombre boxeador".

Se rió entre dientes. "¿Cómo me vas a desinformar, entonces?"

Puso los ojos en blanco. "Aclaremos algo, señor Bixby. Usted está aquí para que yo reúna información sobre su caso para poder representarle mejor. Nadie va a ser informado o interrogado en mi oficina hoy".

"Qué pena". Sus ojos la miraron con picardía.

Cogió un bolígrafo y su bloc de notas. "Cuénteme por qué quiere divorciarse. Una vez que reúna esa información, tendremos que desenterrar todos los trapos sucios que podamos sobre su mujer. Tacha eso, futura ex mujer". Le dedicó una sonrisa fantasmal.

Sonrió. "Así que el abogado duro tiene sentido del humor después de todo".

"¿Ves a alguien riéndose aquí? Porque yo no".

Sacudió la cabeza, aún sonriendo. "Eres dura. Me encanta. Vas a patearle el culo a mi mujer".

"No el culo de tu mujer. El culo de su abogado".

"Bien. No quiero que reciba ni un centavo de mi dinero".

"Bueno, probablemente tendrás que desprenderte de algunos peniques, pero me aseguraré de que no sean demasiados. Ahora vayamos al grano. Empieza por el principio".

Durante los siguientes cuarenta minutos, Jay Bixby contó su versión de la historia. Había decidido divorciarse de Misty, su mujer durante veinte años, cuando la sorprendió en la cama con el jardinero en . El jardinero, en lugar de huir por la noche, le gritó obscenidades en español y amenazó a Jay con un par de cuchillos. El jardinero, en lugar de huir por la noche, había gritado obscenidades en español y amenazado a Jay con unas tijeras de jardinería. Jay lo había derribado con un fuerte gancho de izquierda y luego lo había arrojado al jardín delantero para que lo vieran todos los vecinos. Alguien llamó a la policía y, cuando el jardinero recobró el conocimiento, exigió inmediatamente, a través de un intérprete, una detención ciudadana contra el Sr. Bixby. Más tarde, había presentado cargos, por lo que, además del inminente divorcio de su mujer, Jay tenía que enfrentarse a esa demanda. El jardinero le acusaba de discriminación racial, violación de los derechos civiles y agresión. Le representaba gratuitamente uno de los

mejores abogados de derechos civiles del estado. También se estaba gestando una tormenta publicitaria, ya que Jay Bixby era propietario de una importante empresa inmobiliaria que pretendía reurbanizar partes de Brooklyn, especialmente Brownsville, la zona más pobre del distrito. El alcalde estaba utilizando el caso contra Jay para promover sus propias ambiciones políticas. Jay sospechaba que todo el caso del jardinero contra él se reducía a política. Jay no había financiado la campaña del nuevo alcalde porque pensaba que el tipo no sólo era un completo imbécil, sino posiblemente un pedófilo. Y Jay se lo había dicho al alcalde, directamente a la cara, cuando el candidato le pidió una donación. Ni que decir tiene que eso no le había hecho mucha gracia al alcalde. Si el alcalde podía detener el proyecto de Jay y dárselo a uno de sus donantes, sería una doble victoria para él.

En cualquier caso, el divorcio era el menor de los problemas de Jay.

Cuando terminó su monólogo, Nicole lanzó un suspiro de exasperación. "Tu caso es complicado, amigo mío. Permítame hacerle una pregunta".

"Dispara".

"¿Por qué querría formar parte de este desastre?"

Levantó las cejas. "¿Perdón?"

"Cualquier abogado se lo pensaría dos veces antes de enfrentarse a esa bola de pelo".

"Cera".

Ella le miró fijamente. "¿De qué demonios estás hablando?"

"El término apropiado es 'bola de cera', no bola de pelo". Sonrió. "A menos que quieras que sea una bola de pelo". Sus ojos volvieron a deslizarse por su traje. "Me gusta un melocotón calvo, si me entiendes. Lo que también implica cera".

Dio una palmada en el escritorio. "¡Maldita sea! ¿Quieres sabotearte deliberadamente? Estoy aquí para ganar, y está claro que no te tomas nada de esto en serio. Si tengo que cuidarme las espaldas por tus payasadas de bromista, olvídalo. Lo último de lo que tengo que preocuparme cuando estoy intentando ganar un caso es de si me has metido un cojín bajo el culo".

Sonrió con satisfacción. "Eso sí que es una idea".

Dejó el bolígrafo sobre el escritorio. "Eso es. Eres una basura. Nuestra reunión ha terminado".

"No, no lo es. Me gustas. Nunca nadie se había atrevido a hablarme así. Tienes pelotas, señorita. Bolas de pelo, bolas de cera, simplemente bolas. Estás contratada".

Se levantó de un salto. "¡Te lo dije, *tú no me* contratas! *Yo* decido a quién contratar, no al revés". Señaló la puerta. "¡Fuera! Hemos terminado aquí."

Se puso de pie, extendió la mano y la acercó rápidamente. "No habremos terminado hasta que yo termine".

Ella lo apartó de un fuerte empujón. "¿Qué demonios te pasa? ¿Esnifaste una cuba entera de pegamento antes de venir aquí?"

Sus labios se torcieron en una sonrisa diabólica. "Oh, sabes muy bien lo que quiero oler". Se acercó más.

Ella volvió a empujarle, tan fuerte que él tropezó y casi se cae sobre la silla. "Vete a la mierda de mi oficina."

"Podría acusarte de asalto".

"¡Fuera!"

Levantó las manos. "Bien. Siento que estés tan reprimido que no puedas divertirme un poco. Seguro que hay otros abogados tan buenos como tú". Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. En la puerta, la miró por encima del hombro, con los ojos brillantes. "No será difícil encontrar uno".

Levantó la mano. "Alto ahí."

Se volvió con una ceja arqueada y una sonrisa en los labios.

Se acercó a él. "Puedo decirte ahora mismo que no sólo soy difícil de reemplazar, sino imposible".

"¿Duro? ¿Has dicho duro?"

"Cállate". Lo agarró por la corbata y lo arrastró con fuerza hasta su escritorio. Luego lo arrinconó contra su escritorio y le abrió la camisa de un tirón tan fuerte como pudo. Los botones salieron volando en todas direcciones.

Por una vez, pareció enmudecer.

Ella le miró a los ojos con una sonrisa burlona. "¿Qué pasa, se te ha comido la lengua el gato? Para que lo sepas, éste es mi dominio y yo mando aquí".

"Claro, lo que tú digas". Sonrió. "Tú eres el jefe".

"Y no lo olvides". Sus ojos se deslizaron desde sus labios tan sensuales hasta su pecho cincelado. Santa madre de Dios. Tenía unos pectorales que podían hacer que una mujer se corriera con sólo mirarlos. Deslizó las manos por los firmes músculos pectorales, saboreando las duras placas de perfección.

"¿Demasiado caliente para manejarlo?" preguntó. "¿O te apetece?"

"Cállate y bésame, gilipollas", dijo ella.

Pero antes de que pudiera, ella le atacó.

* * *

LA ROPA de Jay estaba amontonada en el suelo y el traje de Nicole a medio quitar cuando sonó un golpe en la puerta. Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de golpe. Chris Jewell estaba allí sonriendo.

"Vaya, vaya. Si es nuestra dulce Nicole Jackson rompiendo las reglas de la compañía".

"Lárgate de mi despacho", dijo Nicole, tratando de subirse la cremallera de la falda. "Sabes que no debes entrar sin llamar".

"Ahora sé por qué", dijo Big Jewels. Su mirada recorrió su aspecto desaliñado. "¿Por qué nunca tuvimos sexo en tu oficina? Debo decir que estoy dolido". Sin embargo, parecía cualquier cosa menos dolido. Sus ojos desviados brillaban ante ella, y parecía completamente satisfecho de sí mismo por haberla pillado in fraganti. Nicole sabía que seguía enfadado por haberla rechazado la noche anterior, y no le extrañaría que utilizara su pequeña indiscreción en su contra.

Terminó de vestirse y esperó a que Jay se subiera la cremallera de los pantalones, cosa que hizo sin prisas. Parecía divertido por la situación, con las comisuras de los labios torcidas. No se molestó en arreglarse la camisa de vestir sin botones que dejaba al descubierto sus definidos músculos pectorales. En lugar de eso, miró a Nicole y a Big Jewels, cruzó los brazos y se apoyó en el escritorio, como si estuviera a punto de empezar una reunión de negocios.

"Si alguien debería estar herido por aquí", dijo Jay con una sonrisa socarrona, "soy yo. Pensaba que era su único".

Big Jewels se burló. "Difícilmente. Me ha tenido a mí varias veces y, lo último que supe, a uno de nuestros colegas en un callejón oscuro anoche". Extendió la mano y le dio una palmada en el hombro a Jay. "Parece que tú y yo deberíamos ir a hacernos pruebas de ETS, colega".

La rabia golpeó a Nicole entre los ojos como un tablón de 2 x 4. Salió disparada hacia Big Jewels y, sin pensar en lo que hacía, lo empujó con fuerza contra la pared. Para ella fue fácil hacerlo porque era una mujer grande, por no hablar de una mujer con una voluntad feroz. Se

agachó y lo agarró por los huevos, lo cual era fácil de hacer, ya que sobresalían a través de sus pantalones de una manera odiosa. Lo retorció una vez, con fuerza, y él cayó al suelo. De su garganta salieron gemidos agudos mientras se agarraba la ingle.

"¿Qué demonios?", gritó entre jadeos de dolor. "¿Por qué hiciste eso?"

Se inclinó sobre él y le apuntó con un dedo duro a la cara. "Eso fue por todo el mal sexo que tuvimos juntos". Levantó la mano y la dobló en forma de garra. "Y el siguiente giro de tuerca será por entrar en mi despacho sin llamar, las amenazas y los comentarios desagradables. Como puedes imaginar, te va a doler el triple".

"¡No!" gritó, encogiéndose en un ovillo. "¡No!"

"Sal de mi oficina, Chris, y no vuelvas".

Se puso en pie y salió cojeando de su despacho, maldiciendo. Ella cerró detrás de él.

Nicole se volvió hacia Jay, que seguía apoyado en el escritorio, con la camisa abierta y una sonrisa divertida en la cara.

"Eres dura como un clavo", dijo. "Recuérdame que nunca te lleve la contraria".

"Se lo merecía", respondió ella. Se acercó a él. "¿Por dónde íbamos? Es hora de volver a los negocios".

Levantó la mano. "Guau. Aunque me gusta ser seducido por una mujer como al que más, hagámoslo de una forma un poco menos formal, ¿vale? ¿Qué tal si te llevo a comer para que nos conozcamos primero a la antigua usanza? Conozco un restaurante estupendo".

Alargó la mano y le puso un dedo en los labios. "No me interesa comer. Me interesa terminar lo que empezamos". *¡Y tengo una apuesta que ganar, amigo!*

"No soy un polvo fácil", dijo.

"Podrías haberme engañado. Te quité los pantalones en dos segundos antes de que nos interrumpieran".

"Sólo te estaba haciendo creer que podías salirte con la tuya conmigo. Pero te aseguro que tenía toda la intención de controlar el ritmo... y todo el encuentro".

"¿En serio?"

"De verdad".

"Así que pensabas que eras el que tenía el control, ¿eh?"

"No creía que lo fuera. Sabía que lo era".

"A mí no me lo pareció. Parecías un ciervo en los faros".

"Los únicos faros en la habitación eran los tuyos. Las luces altas, de hecho. La prueba de que te encendiste por mí".

Ella soltó una risita. "Eres gracioso".

"¿Comemos juntos?"

Hizo una pausa. "Así que vas a ser una provocadora, ¿eh?"

"Sí, me encanta provocar a una mujer".

Su mirada envió cintas de electricidad al húmedo lugar entre sus muslos. Sabía muy bien lo que quería hacerle, y sin duda se trataba de provocarla, por su mirada. Respiró hondo, imaginándolo entre sus piernas, tanteándola lentamente, lamiéndola, provocándola...

Le sostuvo la mirada. "¿Qué te parece? ¿Una comida de trabajo? Me gustaría hablar más de mi caso contigo, así como conocerte mejor. Una mujer como tú debe ser investigada, conocida, saboreada. Me encantaría... sondear tus profundidades".

Ella tragó saliva. "¿Probar mis profundidades?"

"De quién eres, por supuesto. De tu mente".

"Por supuesto".

Su mirada se clavó en la de ella mientras le ofrecía su brazo. "¿Me acompañas?"

"Claro", dijo ella con timidez, siguiéndole el juego. Le cogió del brazo. "¿Pero qué pasa con tu camisa? ¿No te importa ir a comer con los botones desabrochados?". Dejó que su mirada bajara hasta su pecho musculoso, expuesto y desnudo bajo las dos solapas de tela. "Aunque, debo decir, lo prefiero así".

"Bueno, si lo prefieres, así seguirá siendo". Sus ojos le brillaron.

Antes de que pudiera decir otra palabra, ella hizo su movimiento.

Le acercó la cara para darle un beso apasionado y, al mismo tiempo, apretó los pechos contra el suyo. Su mano bajó hasta su entrepierna, donde empezó a masajearle suavemente los huevos.

Inhaló contra sus labios y luego le rodeó la cintura con los brazos y la estrechó contra él. Cuando sus manos se deslizaron hambrientas por sus curvas, ella pudo sentir su excitación entre ellas. Sonrió para sus adentros.

Bingo. Lo tenía justo donde quería.

Se besaron con avidez, sus labios se fundieron con una intensidad que le dejó sin aliento. Lo que la excitaba tanto no era sólo que ella estuviera tomando lo que quería. Era que él también lo deseaba. Era obvio en la forma voraz en que la besaba, como si la reclamara para sí. Cuando ella se apartó, los ojos de él eran intensamente azules. La atracción entre ellos era imposible de descartar o negar. Ella podía verlo en su mirada: quería follársela con desenfreno, follársela sin sentido, follársela tan completamente como ella quería. Se dio cuenta de que estaba temblando por la adrenalina de todo aquello: su encuentro cargado de sexualidad, su presencia, su atracción eléctrica y la cualidad animal de él que se manifestaba en la forma depredadora en que la miraba. Por no hablar de su anterior enfrentamiento con Big Jewels, que la había dejado muy excitada.

Era una mezcla potente.

Apretó sus pechos contra el pecho desnudo de Jay, que volvió a estrecharla contra él.

"Pequeña zorra", dijo. "No aceptas un no por respuesta, ¿verdad?"

"Nunca. Deslizó las manos por su fuerte espalda y bajó hasta su culo. Lo acarició y tiró de él para que su erección la presionara.

"Dios, me excitas tanto", dijo mirándola. "Eres tan sexy que estoy a punto de explotar".

Llevó una mano a su excitación y la encontró rígida e inflexible contra el pantalón. Acarició la dura cresta y sintió cómo se estremecía bajo su palma.

"Entonces vamos a tener que hacer algo al respecto", susurró. Deslizó ambas manos hasta la bragueta y abrió el botón con un rápido movimiento.

"Tranquilo, socio", dijo. "No necesito perder todos mis botones".

"Claro que sí", respondió ella, "y quizá también algunas cremalleras". Le bajó la cremallera con fuerza.

Él empezó a reírse, pero ella le hizo callar metiendo la mano en el calzoncillo y encontrando su polla.

Él gimió cuando ella lo agarró. Su polla estaba pesada y caliente en su mano. Enroscó los dedos alrededor de su circunferencia y empezó a acariciarla arriba y abajo.

Su respiración aumentó y volvió a gemir.

Mientras ella lo acariciaba, él la besaba. Al mismo tiempo, le desabrochó febrilmente la chaqueta y se la quitó de los hombros. Luego le desabrochó la blusa. Ella retiró la mano de sus pantalones el tiempo suficiente para que él le subiera la blusa por la cabeza. Luego encontró la cremallera de la falda y tiró de ella hacia abajo. Deslizó la falda por sus caderas y cayó al suelo. Ella se la quitó. Sólo llevaba sujetador y bragas, y era consciente de que sus curvas estaban a la vista de él. Se alegró de haberse puesto esa ropa interior tan sexy. El sujetador push-up de encaje

realzaba maravillosamente su escote. Sus ojos se abrieron de par en par al contemplarla.

"Vaya", dijo mirándola. "Eres una mujer increíble".

Ella no contestó, sino que volvió a acariciarle la polla con reverencia. Mientras lo acariciaba, arqueó la espalda y se retorció contra él, deslizando su cuerpo arriba y abajo hasta que oyó la respiración entrecortada de su garganta. Su garganta se secó al imaginar cómo se sentiría dentro de ella. Estaba tan tentadoramente duro, tan hinchado y preparado para ella. Además, su cuerpo... era otra cosa.

Ahora empujaba su mano, con movimientos cada vez más febriles.

"Ah", gimió. "No puedo esperar a estar dentro de ti". Se agachó y suavemente la soltó de su polla. Luego se bajó los pantalones, seguido de los bóxers. Luego se quitó la camisa, flexionando sus bíceps.

Ahora estaba completamente desnudo, y al ver su cuerpo delgado y fornido sintió un delicioso espasmo de deseo.

Ella le tendió la mano y, al mismo tiempo, él se la tendió a ella. Cuando sus cuerpos se apretaron, las manos de él serpentearon hasta la espalda de ella y le desabrochó el sujetador. Cayó al suelo como un pétalo de encaje negro.

Se apartó para contemplar sus enormes pechos, y luego su mirada se deslizó por el resto de sus curvas. Su pecho emitió un leve rugido de agradecimiento. Sus manos le acariciaron las tetas desnudas y sus pulgares recorrieron sus pezones apretados y fruncidos.

"Cristo, eres preciosa", susurró, y luego se inclinó para besarle los pechos. Un hormigueo recorrió su cuerpo al sentir su lengua caliente sobre su piel. Le acarició el culo desnudo, acercándola a su polla hinchada.

Sus dedos se engancharon bajo los bordes de las bragas y tiró de ellas para bajárselas y quitárselas.

Se retorció contra él mientras seguían besándose, con el corazón acelerado. Empujó su pelvis contra la longitud de él, frotando la parte inferior de su cuerpo sobre su dura silueta. Un fuerte dolor se enroscaba en lo más profundo de su coño... un dolor que sólo podía aliviar si él la llenaba.

Él salió a tomar aire, pero ella alargó la mano y le acercó la cara para darle otro beso hambriento. Al mismo tiempo, lo empujó hacia su escritorio. El escritorio estaba repleto de objetos de trabajo: papeles, informes jurídicos, grapadoras, material de oficina. Todo estaba perfectamente organizado... pero estorbaba.

Alargó la mano y barrió todo al suelo con estrépito.

Se rió entre dientes y le gruñó al oído. "Parece que el gato salvaje se ha desatado".

Ella lo ignoró, en lugar de empujarlo sobre su espalda. Le importaba una mierda que luego tardaran un rato en limpiarlo todo. Lo único que quería era tener el escritorio completamente despejado para poder tenerlo sin distracciones. Ninguno de los dos necesitaba una grapadora o un bolígrafo Mont Blanc pinchándoles en el culo.

Se agacha y coge un preservativo del bolso. Cuando se levantó, él estaba tumbado sobre el escritorio, con una expresión divertida en el rostro. Llevaba las manos atadas a la nuca, igual que la primera vez que se sentó en su despacho. Tenía una expresión de arrogancia en el rostro que la enfurecía y la excitaba al mismo tiempo. Su polla apuntaba hacia arriba, hinchada y lista para ser tomada.

"¿Esperando algo?", preguntó.

Sonrió. Ella abrió el preservativo y se lo lanzó. Mientras lo enrollaba en su pene, le sostuvo la mirada con una expresión que le produjo escalofríos.

Ella no podía esperar a borrar esa expresión arrogante de su cara. Ahora su polla era suya. Ella iba a trabajar ese lechón tan duro que él no sabría qué lo golpeó. Cuando terminara con él, estaría suplicando por alivio. Se moría de ganas de convertir esa sonrisa de satisfacción en gritos de placer y desesperación. Tendría suerte si no se le rompía la polla.

Se subió encima de él y se colocó sobre su cuerpo. Le agarró la polla por la base y se la deslizó entre los labios del coño.

Entonces arqueó la espalda, levantó las caderas y se clavó en su polla con tanta fuerza que se le saltaron los ojos. Él gimió con fuerza mientras la llenaba hasta el borde.

Se levantó y volvió a penetrarlo con toda la fuerza que pudo. Estremecimientos de placer llenaron su cuerpo. *¡Qué bien!* Levantó las caderas y volvió a hundirse en su cuerpo. Y luego otra vez. Sentía cómo la polla se deslizaba por sus empapadas paredes internas y la penetraba hasta el fondo. Arriba y abajo, dentro y fuera. Más rápido, más fuerte. Ahora se agitaba encima de él, empujando repetidamente sus caderas contra la gruesa polla con todo su peso. Su pelo volaba en todas direcciones y de su garganta brotaban gritos salvajes y carnales.

"Joder", dijo él, clavándole los dedos en los muslos mientras intentaba frenarla. "Me vas a matar. Eres un animal".

"Cállate y disfruta", dijo ella, empujando con más fuerza.

"¿Tengo elección?"

"No."

Sus ojos se pusieron en blanco mientras se entregaba al placer. Ella sonreía para sus adentros mientras rebotaba sobre él, sus tetas ondulando, su carne golpeando contra la de él. Sentía cómo su polla se hinchaba en su interior con cada embestida.

Siguió agarrándole los muslos y se impulsó hacia arriba para igualar sus enérgicas embestidas hacia abajo, pero no era rival para ella. Ella giró sobre él, sintiendo su longitud presionando todos los lados de su resbaladizo canal, y luego lo empujó hacia abajo, con fuerza. Luego volvió a subir. Una y otra vez, hasta que su cuerpo se cubrió de sudor y sus ojos se vidriaron de placer.

Él gimió con fuerza, sin dejar de agarrarla con fuerza, mientras sus embestidas se volvían maníacas. Ella podía sentir su polla hincharse dentro de ella. Estaba a punto de correrse.

Justo antes de que se desatara, ella se apartó.

"¿Qué cojones?", dijo, estirando la mano para volver a ponerla encima de él.

"Sólo me aseguro de que me desees por completo". Sonrió y se revolvió un mechón de pelo.

"Maldita sea, te deseo y lo sabes". Con una fuerza que la sorprendió, la agarró y tiró de su cuerpo para que volviera a estar encima de él. La empujó hacia arriba y le atravesó el coño al instante con su gruesa polla, con tanta fuerza que ella se sobresaltó. Sus ojos se abrieron de par en par y se agarró a su pecho. El placer rebotó por todo su cuerpo, llenando cada célula. Gimió con fuerza, arqueando la espalda y sucumbiendo a las deliciosas sensaciones que él estaba creando en ella.

Empezó a subir, golpeándola con un hambre bestial que le dejó sin aliento y le hizo perder la cabeza.

Ahora estaba a su merced. Sus fuertes embestidas eran tan poderosas que lo único que ella podía hacer era aguantar.

Un orgasmo la atravesó como un relámpago y gritó mientras el éxtasis desgarraba sus sentidos.

Él se desató al mismo tiempo, bramando con fuerza mientras empujaba su polla hasta lo más profundo de ella. La estaba consumiendo tan salvajemente como ella a él, y su fuerza la

conmocionó. Sus gritos carnales llenaron la habitación, resonando en las paredes.

Cuando terminaron, se desplomaron juntos sobre su escritorio. Ella estaba temblorosa, húmeda y agotada.

"Vaya", dijo él, entrelazando las manos en sus rizos oscuros y levantando la cabeza para mirarla. "Ha sido alucinante".

"Hice lo que me propuse", respondió con una sonrisa de satisfacción.

"¿Y qué fue eso? ¿Desinformarme después de todo?"

"Borré esa mirada engreída de tu cara y la reemplacé con sumisión absoluta".

"¿Ah, sí?", dijo con una sonrisa en los labios. "Si alguien se sometió por completo, fuiste tú".

"No olvides quién estaba arriba".

"Eso no volverá a ocurrir", respondió.

"Oh, ya veremos."

Se levantaron y empezaron a vestirse, intercambiando bromas y chistes. Se sintió muy cómoda con él, lo que la sorprendió. Era como si encajaran bien juntos en más de un sentido. Sospechaba que había encontrado a su media naranja en Jay Bixby, un hombre que parecía capaz de seguirle el ritmo a todos los niveles.

"¿Qué te parece la comida?", preguntó.

"Claro", dijo, sorprendiéndose a sí misma. Había pensado que se trataba de un encuentro rápido, pero se dio cuenta de que quería pasar más tiempo con aquel hombre enigmático... aquel hombre que la desafiaba.

Le sonrió de una manera que le hizo sentir un torrente de electricidad en el vientre. Ella fue a recoger sus cosas, pero él le quitó de las manos el maletín, el bolso y el móvil. "Déjalos aquí. No los vas a necesitar".

Ella lo miró fijamente durante un largo momento. Nunca se había quedado sin teléfono. Y mucho menos su dinero.

A la mierda. Estaría bien liberarse de todas las obligaciones por una vez, aunque sólo fuera por unas horas. Sólo era el almuerzo. Y estaría bien tener una excusa para centrarse completamente en él.

"De acuerdo, pero sólo con una condición", dijo.

"Claro. ¿Qué pasa?"

"Deja tu teléfono aquí también. Puedes cogerlo después de comer".

"No te preocupes". Sacó su teléfono y lo arrojó sobre su escritorio con una sonrisa socarrona.

"Quiero que toda mi atención esté en ti, de todos modos". Sacó su cartera con una sonrisa.

"¿Dejo esto aquí también?"

"No. Tráelo. Tú pagas".

"No me gustaría que fuera de otra manera". Se rió entre dientes y se lo volvió a meter en el bolsillo.

Ella sonrió y luego tiró sus cosas sobre el escritorio vacío también. Luego dejó que Jay la guiara hacia la puerta. No se atrevió a volver la vista atrás para contemplar el desorden de su antiguo despacho, pulcramente organizado, y todos sus objetos de escritorio esparcidos por el suelo.

Lo limpiaría más tarde.

Mucho más tarde, después de haber disfrutado de su día.

Hacía tiempo que no se sentía tan descarada, tan libre. Algo en este hombre lo hizo aflorar en ella.

Lo único que quería era huir e ir a disfrutar del momento.

Con él.

Mientras esperaban en el ascensor, Nicole se dio cuenta de que Big Jewels la miraba desde su despacho al final del pasillo. Estaba en la puerta, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Cuando ella lo miró por segunda vez, él hizo una mueca y se dibujó una línea bajo la barbilla. Luego se agarró la entrepierna.

Dijo: "Que te jodan", por encima del hombro de Jay, y le lanzó una mirada asesina con los ojos rasgados. Si iba a declararle la guerra, más le valía estar a la altura. Ella tenía más trucos en la manga que un lanzagranadas. Iba a caer.

Jay la condujo al ascensor y las puertas se cerraron. Mientras bajaban, Nicole se sumió en sus pensamientos. Si Big Jewels planeaba entrometerse en su trabajo, le iba a clavar la cabeza en un palo. Su jefe, el socio mayoritario y propietario del bufete, llevaba meses echándole el ojo. Todo lo que tenía que hacer era chasquear los dedos, llevárselo a la cama y declarar dulcemente que quería que despidieran a Big Jewels. Así de fácil. Ese enano era un tonto por haberse metido con ella.

"¿En qué está pensando, abogado?" preguntó Jay. "Parece que tienes algo en mente".

Se encontró con sus ojos azul cielo. Era tan guapo que la dejó sin aliento. Normalmente no le atraían los hombres mayores, pero este tipo... bueno, rompía el molde. No era mucho mayor que ella, quizá cinco o diez años. Pero era absolutamente guapo de una forma refinada y culta que le aceleró el pulso.

"En lo único que pienso es en ti", respondió tímidamente. "Me preguntaba cómo serías en la cama la segunda vez".

"No te decepcionaré. ¿Te gusta correrte fuerte? ¿Múltiples orgasmos, uno tras otro hasta que no puedas respirar? Porque eso fue sólo un calentamiento".

Su franqueza le aceleró el pulso. "Claro que me gustan los orgasmos múltiples. ¿A qué mujer no le gustan?"

"Bueno, bien. Porque cuando termine contigo, vas a estar pidiendo clemencia. Te vendrás implacablemente conmigo".

¿"Implacablemente"?

"Sí. Extendió la mano y le acarició uno de sus rizos rebeldes detrás de la oreja. "Dios, eres hermosa."

Su corazón se aceleró ante la mirada de sus abrasadores ojos azules. Antes de que pudiera responder, la puerta del ascensor se abrió. Pronto salieron a la concurrida acera de Manhattan.

Pidió un taxi y se dirigieron por las calles hacia el restaurante.

Cabalaron en silencio. Al cabo de un rato, alargó la mano y le pasó un dedo por la pierna desnuda.

Miró hacia él y se encontró con su mirada. Una vez más, su corazón se aceleró. Había algo tan viril en él, tan enigmático. Evidentemente, era un hombre que conocía su propio poder. Su seguridad la excitaba. Eso, y el hecho de que era el primer hombre que había conocido que había tenido las agallas de rechazarla sexualmente.

No es que su determinación hubiera durado mucho en su presencia...

El taxi se detuvo frente al restaurante y Jay dio la vuelta y le abrió la puerta. A Nicole le gustó el gesto, pues la hizo sentirse femenina. No era frecuente que se sintiera así, ni siquiera en la cama, ya que solía abrazar su lado más alfa. Pero por una vez, con este hombre, sintió una oleada de feminidad que la sorprendió. Tal vez porque él tomaba el control sin esfuerzo, o porque no parecía sentirse intimidado por ella. De hecho, parecía divertido e intrigado por ella, y eso le gustaba. Le atraía cualquier hombre que no la tomara tan en serio como ella misma.

Pero que la condenaran si le hacía saber que la hacía sentir así.

Jay pidió una mesa fuera. Le acercó la silla y ella se sentó. La camarera les entregó los menús, miró con desaprobación la camisa sin botones y el pecho desnudo de Jay y desapareció.

Nicole hojeó el menú, decidió inmediatamente lo que quería y lo dejó en el suelo. Volvió los ojos hacia Jay, que la miraba fijamente.

"Hábleme de usted, Srta. Jackson", dijo. "Cuéntemelo todo. Estoy intrigado".

"Llámame Nicole."

Enarcó una ceja. "¿Así que me he ganado el derecho a llamarte por tu nombre de pila?"

"Cualquier hombre que tenga las agallas de sentarse en un buen restaurante como este, completamente imperturbable mientras lleva esa camisa rasgada, tiene mi respeto".

Sonrió. "Te lo dije, lo llevo por ti".

"¿Siempre eres tan complaciente con las mujeres de tu vida? No, no respondas a eso. No te estarías divorciando si lo fueras".

"Siempre fui complaciente con mi mujer. Probablemente demasiado. Si no lo hubiera sido, ella no habría sido tan descarada como para follarse a nuestro jardinero en nuestra cama y luego defenderlo después de que casi me decapitara con unas tijeras de jardinería". Soltó una risita amarga. "Sí, probablemente debería haberla mandado a paseo después de la primera vez".

Nicole jadeó. "¿Te engañó antes?"

"Sí. Pero nunca pude probarlo hasta que la pillé con las manos en la masa".

"¿Por qué te quedaste todo ese tiempo?"

"Para los niños", dijo. Y luego se quedó callado.

"¿Cuántos tienes?", preguntó al cabo de un rato.

"Dos. Ambos están en la universidad ahora."

"¿Cuántos años tienes?"

"Lo suficientemente mayor para saberlo, demasiado joven para preocuparse".

"No, en serio. Porque para mí no pareces mayor de treinta y cinco".

"Tengo cuarenta años", le dijo. Ante su expresión, le dedicó una sonrisa irónica. "Pero que no te asuste. Soy muy joven de corazón".

"Cuarenta años es joven", dijo. "Pero es difícil imaginarte con doce años cuando yo nací".

"Entonces no te imagines eso. Imagina otras cosas". La miró fijamente y sintió un hormigueo en los brazos. Dios, sí que era una bestia sexy, y no sólo en la cama. Nunca un hombre la había mirado así, de una forma tan depredadora y escalofriante. Se moría de ganas de tenerlo otra vez. Casi quería saltarse el almuerzo e ir directamente al plato principal: él. Sin embargo, estaba claro que no podría meterle prisa. Al menos, no quería hacerlo.

La camarera apareció para tomarles nota. Nicole pidió el sándwich francés, mientras que Jay pidió un sándwich club con patatas fritas. También pidieron un vaso de vino blanco cada uno.

"Entonces, ¿quién eres, Nicole?" Jay preguntó. "¿Cómo te metiste en derecho?"

"Salí adelante por mis propios medios", dice. "Así es como me metí en Derecho. Cuando era niña, miraba a mi alrededor y sólo veía miseria. Nada más que desesperación. Enseguida me di cuenta de la relación entre pobreza y dependencia. Desde muy joven me propuse no convertirme en una de esas estadísticas".

"¿Dónde creciste?"

"Brownsville. Ya sabes, ¿el lugar que quieres reurbanizar?"

"Sí, lo conozco. Es un lugar encantador".

"No, es un agujero de mierda. Especialmente el barrio del que vengo. Como quieras, reconstrúyelo todo lo que quieras. Pero no esperes ningún agradecimiento de los residentes

locales. La mayoría de ellos, incluidos mis parientes, quieren quedarse donde están. Y no hablo sólo del barrio".

"Suenas bastante hastiado de donde vienes".

"No estoy hastiado. Sólo realista". Hizo una pausa. "Tener las cosas claras mantiene el dolor a raya". En cuanto dijo las palabras, se arrepintió. No sabía por qué se estaba abriendo así a un hombre, algo que normalmente nunca hacía.

"¿Qué quieres decir con eso?", preguntó.

"No importa", dijo rápidamente. "Olvida que he dicho algo".

"No, tengo verdadera curiosidad. ¿De qué dolor estás hablando?" Sus ojos eran tan amables, tan genuinamente interesados, que ella se encontró abriéndose a él a pesar de sus recelos. Le contó cómo había tenido que seguir adelante y dejar atrás el pasado. Le habló de su difícil infancia y de la pobreza. Le contó que se había dejado la piel para sacar buenas notas y entrar en una buena universidad, y luego en la facultad de Derecho. Le contó que su sueño era abrir un día un refugio para mujeres maltratadas en su antiguo barrio.

Lo que no le dijo es que tenía que ser fuerte con su madre y su hermana en todo momento, ya que ambas seguían sumidas en situaciones de maltrato. Se negaban a aceptar su ayuda o a ayudarse a sí mismas. Nicole había tenido que desarrollar una coraza gruesa alrededor de su corazón cuando se trataba de su familia, porque si no lo hacía, nunca dejaría de llorar. Y entonces sería débil, y nunca conseguiría hacer nada. Entonces sucumbiría al lado blando y frágil que llevaba dentro, enterrado en lo más profundo, y también se convertiría en uno de ellos. Ella veía las dos caras de la moneda. Sabía por qué su madre y su hermana estaban donde estaban y por qué tomaban las decisiones que tomaban. Pero también vio cómo podrían haber tenido una vida diferente, e incluso la felicidad, si hubieran mirado las cosas de otra manera y hubieran tenido la fuerza para tomar mejores decisiones.

Pero no lo hicieron y no pudieron, por lo que tuvo que volverse el doble de fuerte para adormecer el dolor.

Su pasado era un fuego latente que siempre amenazaba con surgir y consumirla, y su superfuerza era lo único que la mantenía alejada de las brasas que le lamían los talones.

Una parte de ella se preguntaba si alguna vez lo superaría.

Pero, por supuesto, ella no podía decirle todo esto a Jay. No podía contárselo a nadie. No había nadie que pudiera entender por qué era como era o de dónde venía. Especialmente un privilegiado promotor inmobiliario blanco de Manhattan.

La estaba observando. "Parece que has tenido una vida interesante".

"Sí, por decir algo". Se sintió aliviada cuando llegó el vino. Bebió un largo sorbo, encontrándose con los ojos de él por encima del borde de la copa. "Ahora háblame de ti. Aparte de lo que me has contado sobre tu caso de divorcio".

"Soy del norte del estado de Nueva York. Estudié en Harvard y me licencié magna cum laude. Al principio pensé que quería dedicarme al Derecho, pero luego me di cuenta de que lo que me interesaba era la promoción inmobiliaria. Si puedo construir comunidades y lugares bonitos para que la gente viva, entonces creo de verdad que estoy añadiendo calidad a sus vidas."

"Es una perspectiva interesante desde una profesión habitualmente denostada. La reputación de los promotores inmobiliarios es que os encanta arruinar el medio ambiente sólo para ganar dinero".

"Bueno, como miembro de una profesión denostada tú mismo, deberías saber que siempre hay más de lo que parece".

En ese momento llegaron los bocadillos. Ambos se lo comieron con gusto, hablando entre

bocado y bocado y bebiendo vino. Nicole se sentía extrañamente cómoda con aquel hombre, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo. Era rápido y capaz de seguir el ritmo de sus bromas, pero también había algo amable en él a pesar de su ardiente sexualidad alfa. Era una potente combinación que la intrigaba y la atraía.

Cuando terminaron de comer, pagó la cuenta. Luego la miró al otro lado de la mesa y le preguntó si quería dar un paseo cerca de Battery Park.

"Es un hermoso día para Nueva York", dijo. "Y no puedo imaginar a nadie con quien preferiría pasarlo más que contigo".

"¿Siempre tienes tanta labia?", preguntó. "Sí que sabes cómo hacer que una mujer se sienta especial".

"Díselo a la que pronto será mi ex mujer", dijo con una sonrisa contrariada. "Según ella, he perdido el arte del romance. Como mínimo, me falta práctica. Estar casado veinte años te hace eso". Le sostuvo la mirada durante un largo momento. "No esperaba sentirme atraído por alguien o sentirme así tan pronto después de dejar a mi mujer. La vida es extraña. Nunca sabes lo que va a pasar".

Por una vez, Nicole se quedó sin palabras. Estaba acostumbrada a coquetear, bromear y hacer bromas con los hombres. También estaba acostumbrada a la seducción loca y ardiente, seguida de buen sexo. Esas cosas le eran familiares. ¿Pero esto? ¿Un hombre que la miraba al otro lado de la mesa, escuchaba con interés la historia de su vida y le decía en pocas palabras que ya empezaba a sentir algo por ella? Eso era algo totalmente nuevo. Y algo para lo que no estaba preparada.

"¿Qué te parece?", preguntó. "¿Pasar la tarde conmigo?"

Ella asintió y pronto él la guió hasta la puerta y la metió en un taxi.

Mientras conducían por las concurridas calles en dirección a Battery Park, Nicole miraba por la ventanilla, vagamente consciente de que el corazón le latía en el pecho. Tenía un nudo en el estómago y las palmas de las manos húmedas de sudor. Pero no era lo único que tenía húmedo. Tenía las bragas húmedas entre las piernas, sólo por estar sentada junto a aquel hombre tranquilo y seguro de sí mismo que la había cautivado en tan sólo unas horas.

No era el adecuado para ella, por supuesto. En primer lugar, ni siquiera estaba divorciado todavía. Dos, era un cliente potencial. (Bueno, ya no. El sexo con un cliente era el mayor conflicto de intereses.) Tres, era doce años mayor, y a ella ni siquiera le gustaban los cabellos plateados. Tampoco le gustaban los hombres procedentes de entornos privilegiados que no podían entender los problemas de raza, pobreza o desigualdad. Además, no le interesaba ningún hombre con el que no pudiera tener la sartén por el mango... y Jay Bixby era claramente alguien que no se dejaba domar ni controlar, a pesar de que se dejara seducir por él en la oficina. Y él se lo había permitido, se dio cuenta en retrospectiva. No le cabía duda de que no habría podido hacerlo de otro modo.

Entonces, ¿quién tenía realmente el control aquí?

La asustó.

Se había prometido no dejar que ningún hombre la controlara, por sutil que fuera, y sin embargo Jay había conseguido meterse en su corazón hasta el punto de que había cambiado sus planes de la tarde y ahora lo seguía hasta Battery Park por capricho.

Sí, no era el adecuado para ella. Se suponía que sólo era un buen polvo, y eso era todo. Un rollo de una noche. O, en este caso, una aventura de un día.

Pero mientras su mente le decía una cosa, su corazón le decía otra muy distinta. Su corazón, que latía tan fuerte en su pecho que temía que Jay pudiera oírlo, le decía que aquel hombre era

algo especial. No sabía exactamente cómo lo sabía tan claramente, pero lo sabía. Era como si todos los momentos anteriores, todos los hombres que había conocido o con los que se había acostado, hubieran sido sólo una práctica para conocer a Jay Bixby.

Pensamientos locos, sí. Pero era lo que Nicole pensaba mientras miraba por la ventanilla los coches y edificios que pasaban.

Sintió la mano grande y fuerte de Jay cubrir la suya.

Miró hacia ella y sus ojos azules se clavaron en los suyos.

"No sólo quiero follarte hasta dejarte sin cerebro la próxima vez", dijo de repente. "Quiero hacerte el amor con cada célula de mi cuerpo".

Se le quedó la respiración entrecortada mientras le sostenía la mirada. "Eso suena bien", se oyó susurrar. Sonaba tan suave, tan gentil. Tan diferente de su forma de ser habitual. Era como si aquel hombre se hubiera apoderado de su cerebro, su cuerpo y sus sentidos y la hubiera convertido en otra persona. No sabía si le gustaba o lo odiaba.

"Pero no me malinterpretes", dijo. "Yo también quiero volver a follarte". Sus labios esbozaron una sonrisa pícaro.

Nicole sorprendió al taxista mirándolas por el retrovisor y éste apartó rápidamente los ojos. Nicole reprimió una carcajada. Sólo podía imaginarse lo que los taxistas debían oír a diario. Pero no iba a dejar que eso la detuviera.

"¿Qué tal si yo follo y tú haces el amor?", dijo, sin molestarse en bajar la voz. "Eso suena como un buen compromiso".

Jay sonrió. "O podríamos hacer un poco de cada".

"O mucho".

Se miraron y se rieron.

El taxista fingía mantener la vista fija en la carretera, pero sus orejas se agitaban con tanta fuerza que, si fueran más grandes, despegaría como Dumbo.

CAPÍTULO 3



LLEGARON a Battery Park y Jay volvió a abrirle la puerta del taxi a Nicole. Caminaron un rato cogidos de la mano. El mero hecho de estar así con él hizo que a Nicole se le volvieran a subir las mariposas al estómago. Hacía tanto tiempo que no se sentía así con alguien.

Era un día precioso, con el cielo azul salpicado de nubes blancas. El agua se extendía frente a ellos, centelleante bajo el sol. A lo lejos, la Estatua de la Libertad se alzaba majestuosa y hermosa. Era como una sirena blanca surgiendo del mar, con el brazo en alto portando la antorcha que representaba la iluminación.

De algún modo, ver la antorcha en la mano de la mujer resultaba simbólico. En cierto modo, Nicole se sintió iluminada con Jay. Se dio cuenta, posiblemente por primera vez, de que una relación con un hombre podía ser algo más que atracción física.

La verdad era que nunca se había acercado a ningún hombre. Había mantenido su corazón duro y distante mientras disfrutaba de todos los aspectos placenteros de la intimidad sexual. Pero aquí estaba él, filtrándose en las grietas del corazón que ella ni siquiera sabía que estaban ahí. Bueno, ella siempre había sabido que su corazón tenía grietas, pero pensaba que las había cerrado con trabajo duro y tareas y manteniéndose centrada en lo que era importante.

Pero ahora se preguntaba si las cosas que siempre había considerado importantes realmente lo eran. Quizá quedaban otras cosas por aprender y explorar en este mundo. Ciertamente se sentía así con Jay. Se encontró deseando compartir cada aspecto de sí misma con ese hombre, lo cual era inquietante, ya que sólo lo había conocido unas horas antes.

Se detuvieron junto a un banco cerca del agua.

"¿Nos sentamos aquí?", preguntó.

"Claro", dijo ella, pero ninguno de los dos se sentó. En lugar de eso, Jay se inclinó y la besó suavemente en los labios. El roce de su boca con la de ella le produjo un torrente de cosquilleos. Casi parecía la primera vez. Era tan diferente a la loca unión de sus bocas de antes.

Le pasó las manos por delante del pecho, fuerte y desnudo, y luego por la nuca. Enroscó los dedos en su espeso cabello mientras él la besaba más profundamente. Había un lenguaje en su beso, un lenguaje que ella nunca había hablado antes. No sólo la pilló por sorpresa. La sacó de sus casillas.

Literalmente. Sus rodillas se doblaron y casi se cae. Él la sostuvo mientras seguía besándola. Se sentía como una muñeca de trapo en sus brazos, lo cual era aterrador, ya que siempre se había enorgullecido de ser una mujer extremadamente fuerte. Era como si Jay fuera un hipnotizador que hubiera manipulado su cerebro de alguna manera. Quizá incluso se lo hubiera trasplantado.

Pero, a pesar de sí misma, le encantaba. Amaba y temía esta nueva faceta suya, suave y vulnerable, aunque no tuviera intención de mostrársela a Jay. Una parte de ella se daba cuenta de

que podía ser blanda. De algún modo, él la hacía sentirse segura. Era una emoción completamente nueva para ella. Pero estaba ahí, en su interior, llenando su cuerpo de calor y cercanía y de la necesidad de estar completamente con él.

¿Cómo y por qué ocurrió esto?

Mientras se besaban, ella decidió no cuestionarlo. Lo que le ocurría era uno de esos extraños misterios de la vida que no podían analizarse ni explicarse. No es que quisiera hacerlo.

Se apartó del beso y le acarició la cara. "Aunque fue excitante que me atacaras en tu despacho, prefiero esto. Nunca he sido el tipo de hombre que disfruta o quiere aventuras de una noche. Creo que eres una mujer increíble, Nicole, que se merece mucho más que eso".

Sus palabras le tocaron la fibra sensible. Sintió que la antigua Nicole volvía a su cuerpo.

"Que una mujer disfrute del sexo ocasional no significa que piense menos de sí misma", dice cruzándose de brazos. "Y no todas las mujeres buscan una relación con un hombre. A veces sólo queremos excitarnos".

"¿Es eso todo lo que quieres de mí?" Sus ojos buscaron su rostro.

Hizo una pausa antes de responder. "No sé lo que quiero ahora mismo, excepto que disfruto estando contigo y te deseo. Creo que eso es suficiente por ahora".

"Estoy de acuerdo", dijo. "Pero deberías saber que yo no follo por follar. Ese no es mi estilo y nunca lo ha sido".

Volvió a acariciarle el pecho y luego bajó las manos. Miró a su alrededor y le acarició el paquete.

"Creo que llevas demasiado tiempo casado", dijo acariciándole los huevos y luego subiendo por la línea de la polla. Podía sentir cómo se endurecía bajo su mano.

Le tendió la mano y tiró de ella para que se apretara contra él. "Sí", le dijo al oído, "llevo demasiado tiempo casado. No he experimentado con otra mujer en veinte años. Digamos que los últimos diez fueron una grave sequía".

"Deberías hacer algo al respecto".

"Oh, tengo intención de hacerlo. Repetidamente".

"¿Así que no estás por encima de joderme los sesos después de todo?"

"En absoluto. Pero será contigo como persona, como mujer, no sólo como un agujero que llenar".

Ella inhaló. "Ooh, me gusta cuando hablas sucio". Lo que ella quería decir, pero no lo hizo, era que sus palabras eran aún más afrodisíacas que su buen aspecto, su erección y su carisma. Y no era el lenguaje obsceno lo que la atraía. Era que él quería hacerle el amor como una mujer.

Ella. Nicole.

"Tengo una idea", dijo de repente. "Sígueme". Extendió la mano y la cogió.

Ella le miró y enarcó una ceja mientras avanzaban por el sendero. "¿Adónde me llevas? Espero que a algún sitio emocionante".

"Oh, lo es. Si esto funciona, será la mejor experiencia sexual de tu vida. Te lo garantizo."

"Es mejor subvender y sobreentregar que al revés", dijo. "Pero me gusta tu confianza".

"Ya verás", dijo, con una sonrisa misteriosa en la comisura de los labios.

Llegaron a la zona del muelle de carga, donde los barcos llevaban y traían a los turistas a la Estatua de la Libertad por un precio. Jay se acercó a la ventanilla y compró dos billetes. Mientras hacían cola, Nicole lo miró con curiosidad.

"Pensaba que me ibas a llevar a algún sitio excitante".

"¿Qué hay más emocionante que la Estatua de la Libertad?"

"¿Estás bromeando?"

"En absoluto".

Frunció el ceño. "No me malinterpretes. Me gusta la Estatua de la Libertad tanto como a cualquiera". Se inclinó hacia ella y bajó la voz. "Pero es demasiado turística para mi gusto. Además, no sé dónde podremos intimar en Liberty Island". Señaló a toda la gente que les rodeaba. "Está un poco abarrotado, ¿no crees? No es exactamente romántico. O sexual".

"Sólo confía en mí".

"Si planeas follarme en el barco, no te hagas ilusiones. Está incluso más lleno que Liberty Island".

Alargó la mano y le puso un dedo en los labios. "A veces sólo necesitas tener un poco de fe en la vida. Sólo tienes que ir con ella".

Se encontró con sus ojos azules y, una vez más, docenas de mariposas comenzaron a revolotear en su estómago. Siempre parecía saber qué decir en el momento adecuado.

La rodeó con los brazos, tiró de ella y le dio la vuelta para que se pusiera de espaldas a él. Mientras la fila avanzaba lentamente, le acarició el cuello y le rozó subrepticamente el trasero con la entrepierna.

"¿Sientes cuánto te deseo?", le susurró al oído.

Era el maestro de la construcción lenta, no había duda. Este era su *modus operandi*. Estaba alargando el flirteo, la anticipación, hasta el punto en que ella ya no sería capaz de controlarse. En cierto modo, estaba avergonzando su anterior encuentro rápido y acalorado. Si eso había sido caliente, la lenta anticipación de esto era ardiente.

Cada roce de sus labios contra su oreja o su cuello, cada palabra que le susurraba al oído, cada roce de su cuerpo contra el de ella, la ponían a cien. Sus bragas estaban completamente empapadas sólo de imaginárselo dentro de ella. Se imaginaba cada embestida, cada profundo empujón dentro de su cuerpo mientras él la miraba con esos ojos. Pensó en rodearle la cintura con las piernas para meterle más, apretando sus paredes internas contra su polla hasta que él gimiera de placer y no tuviera más remedio que descargar explosivamente.

Pero ya habría tiempo para eso. Por ahora, disfrutaba de estar en esa fila con él y de tener toda su atención. Había algo tan adictivo en Jay que sólo estar en su presencia era suficiente para ella. Nunca antes se había sentido así. El sexo que había tenido con otros, incluido aquel delicioso abogado rival, Calvin Dennison, que le había hecho ver fuegos artificiales en un callejón oscuro, había sido estupendo. Pero no había existido esta otra dimensión. Esa sensación que tenía en presencia de Jay. Era algo que no podía expresar con palabras, aunque lo intentara.

Sólo esperaba que su segunda vez estuviera a la altura de esta deliciosa y embriagadora anticipación.

Pronto subieron al barco. Estaban sentados en la cubierta superior, con el viento agitándoles el pelo y un fino rocío periódico de niebla golpeándoles la cara. Los fuertes y cálidos brazos de Jay alrededor de Nicole eran acogedores y tentadores. Mientras estaban abrazados, él le acarició los brazos.

"Me encantan tus curvas", le susurró al oído. "Y tus rizos y tu piel de moca. Todo en ti. Eres tan sexy que no puedo soportarlo".

"Me alegro de que haya elegido mi bufete hoy", dijo. "Y de que haya concertado una cita para verme. Aunque, debo decir, que no causaste una buena primera impresión".

"Bueno, lo hiciste. Me gustan las mujeres luchadoras".

"Obviamente".

"Sabía que me interesabas desde el momento en que te vi, pero cuando te vi agarrar a ese tipo de las pelotas y derribarlo, eso fue todo para mí. Me quedé prendado".

Se rió. "¿Fue porque demostré mi fuerza e independencia como mujer, o porque sabía moverme en un saco de bolas?".

"Las dos cosas". Sus labios se inclinaron en una sonrisa.

Parecía tan guapo y tan pícaro que sintió el impulso irresistible de volver a besarle. Así que lo hizo.

Todo se desvaneció y quedaron los dos solos, con el viento corriendo, el sonido de las olas golpeando el barco y las voces de la gente murmurando de fondo. Pronto, esos sonidos desaparecieron también, y estaban en su propio mundo mientras se besaban profundamente... más profundamente de lo que nunca la habían besado.

Cuando por fin llegaron a Liberty Island, Jay la guió fuera del barco. Se quedaron un momento mirando la Estatua de la Libertad. Su majestuosa belleza nunca dejaba a Nicole sin aliento.

Jay saludó a alguien que estaba cerca de la entrada de la estatua, un ancianito que llevaba uniforme.

"Ese es Jimmy", dijo. "Es amigo de mi abuelo. Ha trabajado aquí durante años. Vamos a saludarlo".

Se acercaron al anciano y Jay le presentó a Nicole. Jimmy tenía unos ojos marrones centelleantes y una cara tan arrugada que parecía haber sido doblada y desdoblada repetidas veces, como un periódico bien gastado.

"Qué alegría verte, Jacob", dijo el anciano. "Recuerdo cuando eras sólo un niño hasta aquí". Señaló su cadera. "Ahora mírate, todo crecido. ¿Adónde va el tiempo?"

"No lo sé", dijo Jay. "Pero no has cambiado nada".

Jimmy se rió entre dientes. "No sé si eso es un cumplido o un insulto. De cualquier forma, lo acepto".

Tras charlar un rato con el anciano, Jay se volvió hacia Nicole y le preguntó si podía tener un momento para hablar a solas con Jimmy. Nicole asintió, aunque la curiosidad despertó su interés. Se acercó a la valla para mirar el agua.

Al cabo de un momento, Jay volvió a su lado. Su rostro estaba iluminado por una amplia sonrisa que le hacía parecer más atractivo que los actores mejor pagados de Hollywood. Cogió a Nicole de la mano y corrieron hacia la entrada.

"Jimmy nos hace entrar gratis", dijo. "Normalmente, exigen que la gente reserve las entradas con meses de antelación".

Nicole se rió a su pesar. "Vale. Tengo que decir que nunca había visto a un hombre tan emocionado por ahorrar un poco de dinero para una atracción turística".

"No es eso. Ya lo verás. Tengo una sorpresa para ti".

Jimmy les hizo pasar y llamó a alguien para que cubriera su puesto. Los tres se pusieron en fila detrás de los demás y pronto subieron por la escalera de caracol que conducía a la Estatua de la Libertad.

"¿Vamos a subir a la corona?" Nicole preguntó. "Porque nunca he estado allí antes."

"No, la corona no", dijo Jimmy por encima de ella mientras subía.

"Oh, vale", dijo Nicole, con un deje de decepción en la voz. Tenía visiones de estar de pie en la corona con Jay, besándose por encima del mundo con una vista de la ciudad de Nueva York en el fondo. Y tal vez, sólo tal vez, esperar a que todos los demás se fueran y tener el lugar para ellos solos... si es que eso era posible.

"No te preocupes", dijo Jay detrás de ella. "No te decepcionarás".

Jimmy se detuvo frente a una puerta lateral y les hizo señas a Jay y Nicole para que se

alejaron de la fila. Salieron de la fila y le siguieron. El resto de la gente continuó subiendo por la escalera de caracol.

Jimmy esperó a que pasaran los últimos y sacó una llave del bolsillo. Miró a ambos lados e introdujo rápidamente la llave en la cerradura.

"Deprisa", dijo. "Sólo se permite subir a gente de mantenimiento".

Jay y Nicole cruzaron rápidamente la puerta. Antes de que Jimmy la cerrara tras ellos, se inclinó y le dijo a Jay: "Tómate tu tiempo. Pero hazlo rápido". Le guiñó un ojo y, riéndose a carcajadas, se dio la vuelta y cerró la puerta tras ellos.

Nicole se volvió hacia Jay enarcando las cejas. Estaban solos en una sección pequeña, oscura y parcelada de la estatua. Olía a humedad y el polvo le hacía cosquillas en la nariz. Junto a ellos, una única escalera se elevaba hacia arriba.

"¿Dónde estamos?", preguntó. "¿Y qué tienes planeado para nosotros?"

Sonrió. "Acceso privado hasta la antorcha".

Jadeó. "¿Me estás tomando el pelo?"

"En absoluto".

"Pero a nadie se le ha permitido subir aquí desde 1900. Eso es lo que he leído".

"Eso no es del todo cierto. La gente de mantenimiento sube allí todo el tiempo. Alguien tiene que asegurarse de que las luces funcionan".

"Pero somos civiles. No se nos permite estar aquí".

"Es bueno romper las reglas de vez en cuando, abogado". Sus ojos le brillaron. Luego le tendió la mano. "¿Vamos?"

Nicole se quedó mirando la escalera, con el corazón acelerado. ¿Sería verdad? ¿De verdad iba a subir a la antorcha de la Estatua de la Libertad con ese hombre tan sexy? ¿Iban a tener toda la zona para ellos solos?

¿Sola?

Sí. Era verdad.

Le cogió de la mano, se dio la vuelta y empezó a subir.

CAPÍTULO 4



MIENTRAS NICOLE SUBÍA por la empinada escalera, sintió la mirada de Jay en su culo. Miró hacia abajo y se encontró con sus ojos. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios.

"Sexy", le dijo, y se acercó a sus nalgas con ambas manos.

Siguió subiendo, sonriendo para sus adentros y contoneando las caderas para tentarle aún más. Estaba tan hambriento de ella, tan obviamente excitado por ella, que también la excitaba a ella.

Cuando llegó arriba, salió a un pequeño rellano circular justo debajo de la antorcha de la Estatua de la Libertad. Estaba al alcance de la mano, enorme y luminiscente, e iluminada por focos en su base.

Respiró ante la vista. Debajo de ella se veía el mar azul brillante por todas partes. A lo lejos, el horizonte de Manhattan, con sus altos edificios que se alzaban como dedos negros hacia el cielo. Las gaviotas pasaban a la altura de sus ojos. La propia antorcha se alzaba por encima de ellos, una llama hipnotizadora y gigantesca. No muy distinta de la llama del deseo que ardía en ella, pensó Nicole.

Estaban tan elevados sobre el suelo, tan altos en el cielo. Se volvió hacia Jay, que la observaba con una leve sonrisa en el rostro.

"No puedo creer que estemos aquí arriba", dijo.

"Precioso, ¿verdad?"

"Sí, lo es."

"Y la vista, también."

Sonrió. "¿Has estado aquí antes?"

"Una vez, con mis hijos. Jimmy quiere tanto a mi familia que haría cualquier cosa por nosotros. También es un poco granuja. Le gusta saltarse las reglas a veces".

"O romperlos. ¿No es ilegal?"

"No que yo sepa". Se acercó más a ella. "Aunque lo que tengo en mente podría serlo". Se inclinó hacia ella y le rozó el cuello con los labios, provocándole una descarga eléctrica.

Alargó la mano y le quitó la camisa, lo cual fue fácil, ya que no tenía botones. Se le cortó la respiración al verlo, de pie, en pantalones de vestir, con su delicioso y musculoso pecho a la vista. Su pelo oscuro, salpicado de plata, y aquellos ojos azules, azules, le hacían parecer un distinguido modelo vendiendo colonia desde lo alto de la Estatua de la Libertad.

Estuvo a punto de soltar una risita, pero se contuvo. Le pasó las manos por los firmes abdominales y luego por los sólidos músculos del pecho.

La acercó a él, le agarró las nalgas y la besó con tal ferocidad que apenas podía respirar. Sus labios devoraban los suyos como si la estuviera deseando, como si ella fuera el aire que

necesitaba respirar en una habitación desprovista de oxígeno.

Sus manos subieron desde su trasero hasta la parte baja de su espalda, y más arriba. Encontró su cara y la acercó aún más a la suya, de modo que sus bocas se aplastaron con más fuerza en un abandono voluntario. Su cuerpo la aprisionó contra la barandilla y ella pudo sentir su calor y oler el almizcle de su colonia. Se apretó contra ella y su erección se clavó en su carne blanda. El corazón de ella martilleó en su pecho y pudo sentir también el latido del suyo. Deslizó las manos por su fuerte espalda, saboreando sus músculos ondulantes. Estaba claro que hacía ejercicio, porque tenía un cuerpo delicioso.

Él profundizó el beso y ella suspiró contra sus labios cuando la lengua de él se introdujo profundamente en su boca. Le estaba haciendo el amor con la boca, besándola de una forma que nunca antes había experimentado.

Sus dedos abandonaron su rostro y bajaron hasta la clavícula, y luego más abajo. Sintió cómo le desabrochaba la chaqueta y se la quitaba de los hombros. Luego le bajó la cremallera de la falda. Se arrodilló para bajársela, llevándose las bragas. Ella rompió el beso para quitarse la falda y las bragas, quitándose los zapatos de una patada. Él se levantó, la rodeó y le desabrochó el sujetador. Sus enormes pechos cayeron en sus manos.

Estaba desnuda ante él bajo el cielo azul, con una suave brisa que le movía los rizos alrededor de la cara. Sabía que estaba preciosa por la expresión de su rostro. La excitación de él florecía con fuerza y firmeza en sus pantalones, y ella sintió que algo se apretaba en su vientre al verlo. Alargó la mano, le desabrochó el cinturón y le bajó la bragueta. Le ayudó a quitarse los pantalones y luego los calzoncillos. Se quitó los calcetines y los zapatos y se bajó los pantalones.

Ahora él también estaba desnudo. Se quedó de pie y dejó que ella lo contemplara como si fuera la primera vez. Tenía un cuerpo precioso. Su polla estaba perfectamente proporcionada. No era demasiado grande, como algunas de las salchichas polacas que había visto, ni demasiado pequeña. Estaba en su punto. Alargó la mano y la deslizó por el tronco, extendiendo el semen de la cabeza hacia abajo. Luego le masajeó los huevos.

Inspiró y la atrajo hacia sí, y ella sintió la gruesa línea de su erección presionando entre los dos. Sus dedos exploraron cada curva de su cuerpo, recorriendo el oleaje de sus pechos y las suaves curvas de sus caderas y su culo. Sus dedos la palparon entre las piernas y encontraron el pozo caliente y oscuro de su deseo. Siguió subiendo con el dedo, deslizándose por sus jugos. Ella agitó las caderas y gimió. Cuando se detuvo, ella lo miró con los labios entreabiertos y el corazón acelerado.

"No voy a continuar", dijo, sosteniéndole la mirada, "hasta que sepa que estás preparada".

"Oh, estoy lista", dijo jadeando. "¿No te das cuenta?"

"No estoy hablando de eso", dijo. "¿Estás listo para mí?"

"Sí, estoy lista para tenerte dentro de mí. Por favor. No puedo esperar". Le rodeó el cuello con los brazos y apretó los pechos contra el suyo. Levantó una de sus piernas para que la polla de él empujara más cerca de su entrada.

Él la retuvo. "No, ¿estás realmente preparada para mí? ¿Todo de mí?"

Le miró a los ojos. Sabía a dónde quería llegar. Iba a consumirla. No sólo físicamente, sino en todos los sentidos. ¿Estaba preparada? ¿Estaba preparada para él?

"Sí", susurró ella, temblando. "Estoy lista".

La empujó contra la barandilla y le levantó las piernas, enganchándoselas en los antebrazos.

"¿Y un condón?", dijo ella. "Tenía uno extra pero lo dejé en la oficina".

"Me hice una vasectomía y no he estado con nadie desde mi mujer. Estoy limpio. Quiero sentirte desnuda".

"Desnudo suena bien", dijo jadeando. "Yo también estoy limpia. Dios, tóname". Le temblaban los muslos por la presión que sentía entre las piernas.

Se agarró la polla por la base con una mano, y entonces su cabeza roma rozó su abertura. Él gimió. "Jesucristo, estás mojada."

El dolor entre sus piernas empeoró al saber que él estaba tan cerca... tan cerca de penetrarla.

Se detuvo en su entrada, moviendo el glande alrededor de sus jugos hasta que ella jadeó y le suplicó que la penetrara. Pero él se contuvo.

Inclinó la cabeza y su boca cubrió el pezón. Con la palma de la mano le acarició el pecho y se lo llevó a la boca. Ella se agarró a su espesa cabellera, jadeando, mientras intentaba empujarse sobre su polla. Sin embargo, él se contuvo y se concentró en lamerle y chuparle los pechos mientras la penetraba parcialmente.

"Dios mío", dijo, "Dios mío". Ella volvió a mover las caderas, intentando que él la enculara, pero él siguió chupándole los duros pezones hasta que la electricidad llenó cada célula de su cuerpo.

Entonces él se soltó y enterró su boca en la de ella. Ella inhaló su aliento, se agarró a sus hombros y movió las caderas, deseando que la penetrara. Él enredó las manos en sus rizos y, sin dejar de besarla, echó las caderas hacia atrás y por fin le dio lo que quería.

Su primera embestida la dejó sin aliento. Lo único que pudo hacer fue rodearle la cintura con las piernas y entregarse por completo a él. El cielo era tan azul, y estaban tan arriba, y la ciudad al fondo y la antorcha de la Estatua de la Libertad encima daban a todo un aire surrealista. La barandilla le oprimía la espalda, y ella esperaba que fuera resistente. Pero entonces, él la sujetaba, y ella se agarraba a él, y estaban tan unidos que supo que no tenía nada de qué preocuparse.

Ella arqueó la espalda y él le acarició los pechos mientras la penetraba repetidamente, robándole todo su deseo y haciéndolo suyo. Se esfumó toda capacidad de pensar. En aquel momento sólo estaban ellos dos, con jadeos entrecortados que salían de los labios de ambos mientras él la penetraba una y otra vez. Cada fuerte y prolongada embestida provocaba ráfagas de calor en su interior y, aun así, el dolor no podía saciarse. Lo necesitaba detrás de ella, para que pudiera penetrarla con la fuerza que tanto ansiaba. Bajó las piernas y lo apartó para que su polla abandonara su cuerpo. Luego se arrodilló en el suelo a cuatro patas.

"Fóllame por detrás", dijo, mirándole. "Dámelo duro".

Gimió al verla, se acercó a ella y se colocó detrás de su culo. La agarró por las caderas y la penetró con la polla. Al mismo tiempo que volvía a penetrarla, le introdujo un dedo en el culo, lo que la pilló por sorpresa. La sensación de doble presión la hizo gritar largo y tendido. Empezó a follársela por detrás de una forma tan deliciosa y con tanta fuerza que ella podía oír cómo se golpeaban las carnes. Sus tetas rebotaban, balanceándose con fuerza a cada embestida. Luego le introdujo un dedo en el culo. Ella sintió que las paredes internas de su coño se cerraban con fuerza en torno a él, y él dejó escapar un largo gemido de éxtasis.

"Ah, eres tan estrecha", dijo.

Sentía que la presión aumentaba en su interior, que se calentaba con cada largo deslizamiento de la polla a través de sus estrechas paredes internas.

Sus gemidos eran ahora más fuertes, prueba de su placer.

La presión aumentó. Gritó cuando el estallido volcánico la hizo estallar. Sus paredes internas se cerraron rítmicamente en torno a su gruesa longitud. Él aceleró el ritmo. Jadeaba detrás de ella, agarrando sus caderas con tanta fuerza que sus dedos se clavaron en su carne.

"Dios, tu coño se siente tan bien", dijo. "Tan jodidamente bueno."

Algo hirvió en su interior al oír sus palabras. Cayó en otro clímax que debilitó sus piernas y provocó estremecimientos en su cuerpo. Gemía y gritaba con cada convulsa oleada de placer. No le importaba que sus gritos se los llevara el viento ni que la gente pudiera oírlos.

Lo único que importaba era el momento y el éxtasis que ambos estaban compartiendo.

La penetró más profundamente por detrás, tomándola con todo lo que tenía. Luego la soltó con un rugido que la hizo entrar en una espiral salvaje y primitiva. La sangre le corrió por los oídos y todo su cuerpo se estremeció alrededor de su polla mientras palpitaba en su interior. Se sintió caer en un abismo de puro placer.

Cuando los dos terminaron, se desplomaron juntos. Al cabo de un rato, ella se dio cuenta de que estaba tumbada boca abajo en el polvoriento suelo de madera, con él encima de su espalda. Podía sentir los latidos de su corazón contra su columna vertebral, el sudor de su pecho y su cálido aliento en su cuello.

"Eso fue jodidamente caliente", susurró.

Quiso responder, pero no pudo. Estaba demasiado agotada por la experiencia, demasiado débil para responder. Demasiado gratificada para moverse. Sólo podía quedarse tumbada y temblar mientras la brisa enfriaba el sudor de su cuerpo.

Al cabo de unos minutos, la levantó y le quitó el polvo. Ella también le ayudó a quitarse el polvo. Luego se vistieron.

Bajaron la escalera en silencio y abrieron la pequeña puerta. Jimmy les saludó con un brillo en los ojos y cerró la puerta tras ellos.

"¿Nos has oído?" preguntó Nicole con cierta inquietud.

"En absoluto", dijo el viejo. La miró de reojo. "Pero he oído a algunas gaviotas haciendo su agosto ahí arriba".

"¿Gaviotas?" Nicole miró a Jay a los ojos y ambos soltaron una risita.

"Menos mal que estás medio sordo, amigo mío", le dijo Jay a Jimmy.

Los tres miraron a ambos lados y bajaron por la escalera de caracol. Cuando salieron, Nicole hizo una última revisión rápida de su ropa para asegurarse de que no había ningún signo revelador de su encuentro. Aparte de una mancha de polvo en el codo izquierdo, que se limpió rápidamente, todo estaba en orden. Echó un vistazo a su alrededor, pero los demás turistas parecían ajenos. Tal vez, después de todo, nadie les había oído.

En ese momento se oye el fuerte graznido de una gaviota. Nicole y Jay se miraron y se echaron a reír.

Mientras esperaban en la cola del barco, Nicole volvió a mirar la Estatua de la Libertad. Sus ojos se centraron en la antorcha... el símbolo de la iluminación.

Chico, hoy había sido iluminada. En más sentidos de los que podía imaginar.

Jay tiró de ella y ella se acurrucó entre sus fuertes brazos.

"Apuesto a que nunca volverás a mirar la Estatua de la Libertad de la misma manera", le susurró al oído.

"Nunca", dijo ella. "O la antorcha".

"¿La mía o la suya?", dijo con una sonrisa.

"Tuyo. Definitivamente tuyo".

"¿Capaz de encender una llama eterna?"

"Ya veremos", dijo con una sonrisa. "Si puedes mantenerlo tanto tiempo como la estatua, entonces hay una buena posibilidad".

Se rió entre dientes y luego se inclinó hacia ella y la besó. "Sólo una posibilidad, ¿eh?"

"Sí". Le dedicó una sonrisa tímida.

"Eso es todo lo que puedo pedir, entonces. La posibilidad de descongelar tu corazón helado".

Ella jadeó y le dio una bofetada. "¡No tengo el corazón helado!"

Se encogió de hombros. "La mayoría de los buenos abogados lo hacen. No te preocupes".

"No tengo el corazón helado. Es cualquier cosa menos eso, aunque no lo demuestre".

"Bueno, tal vez no está congelado, pero decididamente helado".

Ella le miró a los ojos. "Bueno, si ese es el caso, si alguien es capaz de descongelarlo, eres tú".

"Me alegra oír eso".

Sus miradas se cruzaron durante un largo instante y, a continuación, la fila empezó a moverse.

CAPÍTULO 5



TRAS UN TRAYECTO en taxi desde Battery Park, Jay y Nicole llegaron a la oficina de ella para recoger sus cosas.

Jay la atrajo para darle un último y largo beso antes de abrir la puerta. "Este ha sido uno de los mejores días que he tenido en mucho tiempo".

"Yo también", respondió ella. Maldita sea, las mariposas estaban empezando de nuevo. A este paso, iba a tener que invertir en una maldita red para mariposas si quería pasar más tiempo con ese hombre.

Dentro del despacho, le tendió el teléfono a Jay y recogió rápidamente el suyo, el maletín y el bolso. Echó un vistazo a su despacho, contrariada al ver sus deposiciones, antes organizadas, esparcidas por todas partes y su material de oficina por el suelo. Sí, su encuentro había sido divertido (y había merecido tanto la pena), pero había creado un buen lío que limpiar. Pero no iba a hacerlo ahora. Mañana vendría temprano para limpiar y organizar. Quería que esta sensación de libertad durara un poco más, al menos el resto del día.

Por lo que a ella respecta, mientras Jay siguiera en los alrededores, ella seguía de vacaciones.

Su teléfono zumbaba con mensajes. Mientras se dirigía a la puerta, miró hacia abajo y vio un montón de mensajes de sus amigos. Algo sobre su amiga Ella y su pastelería. Nicole guardó el teléfono en el bolso sin leer los mensajes en profundidad. Repasaría los mensajes en el taxi de vuelta a casa, cuando tuviera tiempo de llamar a sus amigas. Nicole salió por la puerta con Jay pisándole los talones.

Chocó con una mujer alta y rubia que vestía ropa de tenis. Llevaba los labios pintados de rosa escarchado, fruncidos en un ceño indignado, y un casco de pelo rociado con espray que le daba el aspecto de un caniche de feria en mal estado.

La mujer miró fijamente a Nicole y a Jay (bueno, tanto como pudo con su cara sin arrugas y llena de botox).

"¿Dónde has estado?", espetó, dirigiéndose a Jay. "Te he estado buscando por todas partes. Al final me vi obligada a comprobar tu agenda y venir aquí. ¿Por qué no respondiste a mis llamadas?"

Se encogió de hombros. "Me dejé el teléfono en el despacho de mi nueva abogada mientras la llevaba a comer".

"¿En serio?" La mujer dirigió su mirada a Nicole. "¿Y por qué harías eso?"

Nicole no contestó. En lugar de eso, se enfrentó a la fría mirada de la mujer con una mirada fría y distante.

"¿Quién es?", preguntó la mujer, señalando a Nicole como si no estuviera allí mismo. "¿Es su abogada, supongo?"

"Sí", dijo Jay.

"Bueno, en realidad, ya no", dijo Nicole. "Conflicto de intereses. Lo siento". Miró a Jay a los ojos y sonrió. Él asintió y guiñó un ojo.

La mujer frunció el ceño. "¿Conflicto de intereses? ¿Qué tipo de conflicto de intereses? Sus ojos brillantes iban de Jay a Nicole y viceversa.

Nicole ignoró su pregunta. Dio un paso adelante y le ofreció la mano con brusquedad. "Nicole Jackson, abogada. ¿Y usted debe ser la ex-esposa?"

"Esposa", espetó la mujer. "Sigo siendo su esposa. Todavía no se ha divorciado de mí. Por eso he venido". Volvió los ojos hacia su marido. "Tenemos que hablar de esto, Jay. Creo que nos estamos precipitando".

Sonrió satisfecho. "De repente te diste cuenta de que podías perder mucho dinero, ¿eh, Misty?"

"Oh, cállate. Sabes que te quiero".

"¿Suficiente para acostarse con nuestro jardinero?"

Agitó una mano. "Eso fue una aventura pasajera. No es que los hombres no tengan aventuras".

"Nunca lo hice", respondió Jay. "Y lo sabes".

"Eso no viene al caso", dijo la mujer con otro gesto de la mano. "La verdadera pregunta es: ¿por qué pasas tiempo con esta mujer si ya no es tu abogada?". Clavó sus ojos grises en Nicole y sus labios se torcieron en una mueca. "Parece que Jay se consiguió una novia del barrio".

Una ráfaga de rabia blanca golpeó a Nicole justo entre los ojos. "¿Qué has dicho?"

Los ojos de la mujer recorrieron la figura de Nicole. "Bootylicious, ¿verdad, Jay?"

"Cállate, Misty", dijo.

Nicole dio un paso adelante. "Si sabe lo que le conviene, señora, se apartará".

"No me hago a un lado por nadie", respondió la mujer. "O debería decir 'nadie'. No me hago a un lado por 'nadie'. Deberías entenderlo, ya que está en tu lengua vernácula, ¿verdad?"

"¡Maldita perra racista!" dijo Nicole, apretando los puños a su lado. Tuvo la tentación de derribar a la mujer con su duro gancho de derecha, pero pudo ver por la mirada de suficiencia de la mujer que eso era exactamente lo que quería. Que Nicole infringiera la ley para que esta zorra pudiera hacer que la detuvieran e inhabilitaran. Así que en lugar de hacer lo que realmente quería, Nicole pasó junto a la mujer y se dirigió al pasillo.

"Llámame, Jay", trino por encima del hombro. "Podemos hablar de los... *atributos* de tu caso antes de que te remita a otro abogado". Lo dijo en un tono demasiado coqueto, haciendo hincapié en la palabra "atributos" para que su mujer supiera exactamente a qué se refería. Nicole sabía que no debía provocar a la mujer, pero no pudo evitarlo.

"Lo haré", dijo Jay detrás de ella. "Gracias por pasarlo tan bien hoy".

"A ti también. Me encantó cada minuto".

En ese momento, Nicole oyó un grito detrás de ella. Se giró y vio a la mujer de Jay volando hacia ella como una bruja drogada. "¡Cómo te atreves a meterte con mi marido!", gritó.

Antes de que Nicole pudiera reaccionar, el puño de la mujer la golpeó por encima del ojo derecho.

Nicole se tambaleó hacia atrás, tambaleándose, y luego cayó.

Todo se volvió negro.

¿QUIÉN GANARÁ LA APUESTA? ¿SE ENAMORARÁ ALGUNA DE LAS MUJERES

POR EL CAMINO? DESCÚBRELO LEYENDO LA PRÓXIMA ENTREGA DE ROMANCE: ENCUENTROS ARDIENTES.

En Romance: Encuentros ardientes (El encuentro de Ella - 13), Ella enfrenta las secuelas del incendio en su pastelería... con la ayuda de un atractivo bombero. Pero cuando otra chispa se enciende entre ellos, este es un incendio que ella no quiere apagar. Y él tampoco. De hecho, su manguera solo hace que arda aún más.

DESCRIPCIÓN DE LA SERIE:

Siete amigas que viven en la ciudad de Nueva York. Una competencia inusual. ¿Quién puede tener la mayor cantidad de encuentros íntimos en un mes? Hay diez mil dólares en juego... Encuentros ardientes son historias breves y ardientes que siguen a un grupo de mujeres en Nueva York que compiten para ver quién puede tener la mayor cantidad de citas casuales en un mes. ¿Qué mujer se acostará con más hombres para ganar la apuesta? ¿Alguna de ellas se enamorará de sus conquistas en el camino?

REPARTO DE PERSONAJES:

Ella: Empresaria con curvas. Le atraen los obreros.

Shae: Modelo rubia y glamurosa. Le atraen los hombres ricos y famosos.

Nicole: Exitosa abogada de divorcios birracial. Le atraen los hombres poderosos y educados.

Allie y Ashley: Alegres gemelas rubias/enfermeras. Les atraen los médicos y los aventureros.

Malia: Agente de libertad condicional latina sexy. Le atraen los machos alfa.

Brooke: Profesora de inglés como lengua extranjera, amante de la diversión y pelirroja. Le atraen los hombres de diferentes culturas.

PARA SABER MÁS sobre la autora, Monique DuBois, visita www.matchscort.com